

# Paisajes a la deriva

Las piezas exhibidas en la galería Xippas se portan un poco como lo que representan: al principio no llaman contundentemente la atención, pero crecen en el campo visual y en la memoria hasta invadirlos, lozana maraña de vegetación y arquitectura, exuberante repertorio de alucinaciones dendriformes y urbanísticas: empero todo, sardónica y antinaturalmente virado en azul. Se perfila, dejada la sala, su doble y desequilibrada condición de cansada atadura a modelos clásicos (el “cuadro enmarcado”, la “pintura de paisaje”) y flébil querella con éstos (la discreta penetración del follaje en las vidrieras de la galería, la testaruda monocromía) que es la médula, y el logro más chocante, de estas nuevas obras del brasileño Pedro Varela. El joven artista conduce su mano en periplos constantes: desde la birome al pincel -sin abandonar una gama tonal apretada entre celestes y azules- y desde gatuperios vegetales a aglomerados arquitectónicos, excesivos los primeros, más

rarefactos los segundos. Es evidente que Varela pinta y dibuja siempre algo que, así como lo reproduce, no existe: vendría a ser una versión moderna de los caprichos del siglo XVI (y siguientes) en los que conviven en un mismo espacio elementos que, por razones temporales o logísticas, son arduos de hallar juntos, aunque potencialmente no imposibles.

Así dispersos en la nada del blanco de las hojas (de grande o pequeño tamaño) afloran grumos de ciudades donde copulan edificios *art déco* y templos estilo catedral rusa de San Basilio, *chalets* suizos y cabañas de paja, a veces conectados por calles leves, a veces truncados por paredes aisladas. Paralelamente, en otras piezas, más numerosas, frutos quiméricos, follajes espesos, fuentes de agua, bulbos pesados, flores carnosas (con evidentes ecos sexuales) ocupan porciones importantes del cuadro, también flotando en el vacío. El patrón compositivo sería entonces la presentación de unidades tupidas,

Pedro Varela. Xippas Arte Contemporáneo (Bartolomé Mitre 1395). Hasta el 12 de diciembre.

al borde de lo sofocante, a la deriva en un mar de inexistencia. En pocos casos las dos topologías se mezclan, pero siempre lo representado gana credibilidad y contenido mediante un uso hábil del claroscuro (y de las veladuras que el acrílico “aguado” permite), en una especie de realismo suprarreal.

La vertiente más interesante resulta la vegetación, porque, por supuesto, parece producir una suerte de chiste visual, tornando la naturaleza muerta en naturaleza viva. Y coleante: no pasa desapercibido el guiño al proverbial gigantismo y desborde de la flora brasileña, aunque botánicamente sus mezclas sean “probablemente improbables”; el broche a tal actitud se encuentra en un pequeño dibujo, en el que la lapicera, entre hojaras-

cas varias, arma la única presencia en la sala de seres móviles, algunos animales abocados a comerse animales más chicos, con el plus de una calavera semiescondida en las frondosidades. La parábola es incluso demasiado clara: frente a un lujurioso vitalismo, siempre está, al acecho, la muerte (posible alusión a Brasil como aglutinación de extremos). Varela utiliza formatos tradicionales, aunque por medio de la combinación (en dípticos y trípticos) trate de reactivarlos, uniendo en tiras larguísimas varios cuadritos o acoplando horizontalidades a verticalidades: el mandato, también en este caso, es jugar con lo ya visto, pero de forma prudente, mínima (hay que destacar la diligente disposición de las obras en las dos salas, atenta a dejar amplios márgenes entre las piezas, casi duplicando la sensación de dispersión que producen las “manchas” dibujadas en el blanco de tela y papel). Todo es susurrado, también la enorme cita (tan patente, pero a la vez tan tácita) -en términos de armado y color- a la tradición del azulejo ibérico, y sobre todo portugués, con posibles ribetes

de discursos sobre colonialismo e intercambios.

A nivel meramente técnico, no cabe duda de que Varela es un buen dibujante y pintor, pero está lejos de cualquier virtuosismo que, por otro lado, no tendría sentido para su fin: el artista cumple para crear piezas ingeniosas y placenteras que lindan con lo puramente decorativo pero que no quieren serlo del todo, siguiendo una perspectiva salaz sobre géneros -paisajes y bodegones- percibidos como anacrónicos, pero vueltos amigables y aptos a nuestra época. Buen porcentaje de renovación y cuestionamiento, parcial porcentaje de inconsistencia. Así toda la muestra se refleja (dentro y fuera de metáfora) perfectamente en las plantas que Varela dibujó, con draipén, directamente sobre los escaparates de Xippas: difíciles de distinguir dada la transparencia del soporte, agraciadas y un poco inquietantes una vez enfocadas, perdurarán evanescentes en las mentes de los espectadores cuando, en algún momento, sean borradas de los vidrios, como debe ser. ■